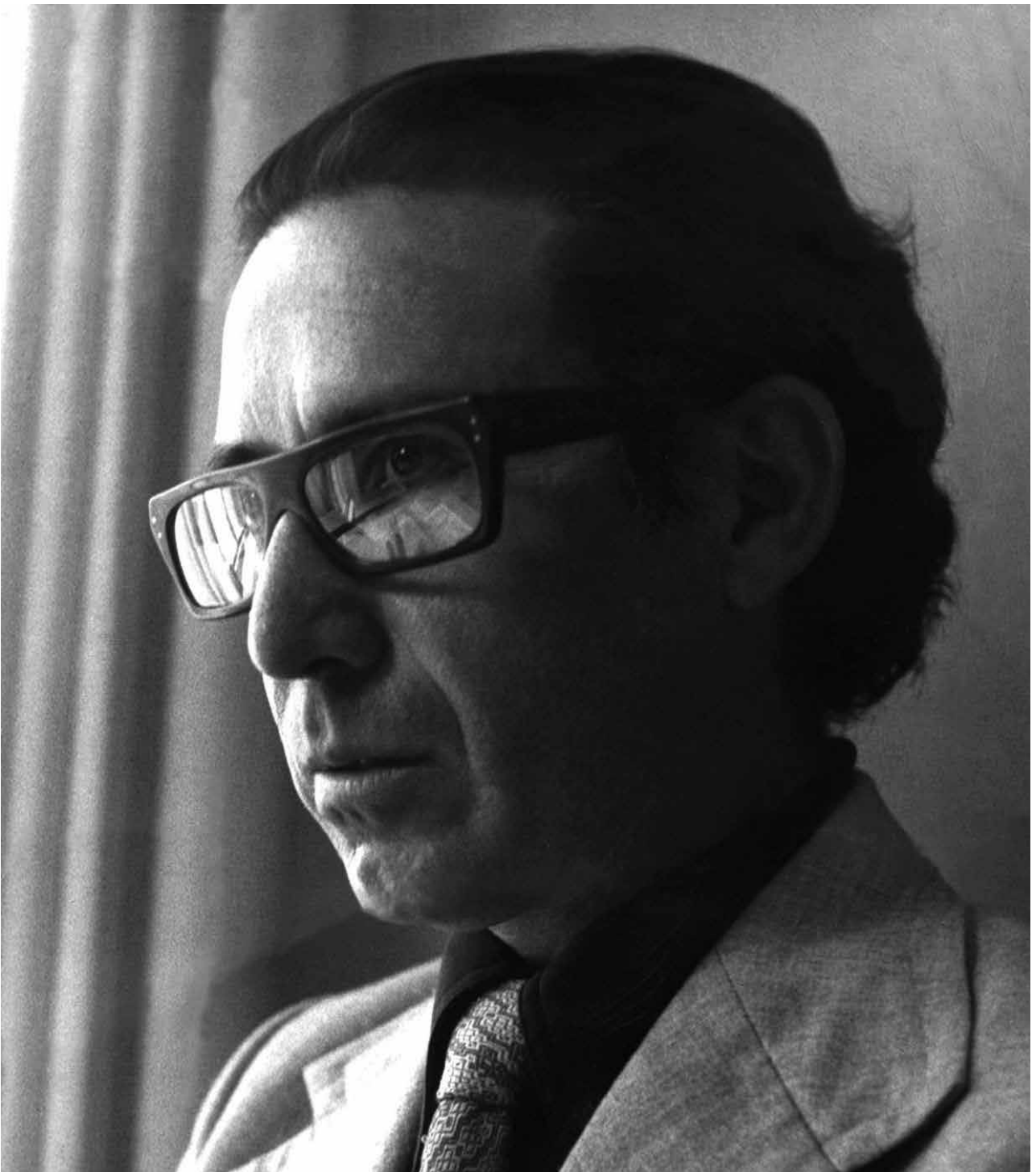


Abigael Bohórquez: para que “no olvides mi nombre casi angustia”

Gerardo Bustamante Bermúdez



ENTRE EL 25 Y 27 DE NOVIEMBRE de 1995 falleció en su diminuto departamento de Hermosillo, Sonora, a consecuencia de un infarto, el poeta, dramaturgo, maestro y promotor cultural Abigael Bohórquez. El que nació a unos días de la primavera (12 de marzo de 1936), en Caborca, Sonora, fue velado en la funeraria León el 28 de noviembre y sepultado al día siguiente en el Panteón Municipal de Hermosillo.

Después de vivir casi treinta años en la ciudad de México, Abigael Bohórquez regresó a Hermosillo. Algunos intelectuales y amigos habían realizado gestiones para que la Universidad de Sonora le pudiera otorgar una beca vitalicia. El poeta tabasqueño Dionicio Morales reunió firmas de connotados escritores mexicanos para lograr el propósito. Se trataba del hijo pródigo al que había que homenajear y agradecerle toda una vida dedicada al teatro y a la poesía, pero no hubo beca y a Bohórquez le llegó la muerte en medio de la orfandad institucional. Tenía 59 años.

No es arriesgado decir que Abigael Bohórquez pertenece a la estirpe de los poetas malditos que cierra el siglo xx en México. Su labor con la escritura fue constante, muy a pesar de los ataques, silencios y ninguneos a los que fue sometido por sus muchos detractores. El hombre que al final de sus días aparecía con boina, guayabera, pantalón de vestir y botas de gamuza de la marca Torito murió en la orfandad crítica, a pesar de que cuenta con un número considerable de lectores, principalmente jóvenes poetas, que abrevan de la poesía eficaz de un poeta mayor que lo mismo conocía a la perfección la tradición literaria galaico-portuguesa, la poesía renacentista y barroca, que la literatura de corte popular. En la poesía de Bohórquez está él mismo; en sus versos encontramos la rabia y la conciencia de un hombre de su tiempo que habla y protesta por Hiroshima, Alabama o la Guerra Fría. Habla sobre el México falto de libertad de expresión, por las dictaduras en Perú, Guatemala, Chile o Argentina. De los temas intimistas como la soledad, el amor, el homoerotismo y la poesía de tema social, Abigael Bohórquez dejó en su haber trece libros de poesía de gran factura literaria.

En 1970, Bohórquez llega a Milpa Alta, Distrito Federal, después de haber vivido por más de una década en el centro de la ciudad de México, principalmente en la colonia Guerrero y en la calle de Donceles. En Milpa Alta no sólo forma grupos de teatro y de poesía coral, sino que también publica uno de sus libros más importantes, *Memoria en la Alta Milpa* (1975), aparecido con ilustraciones a lápiz del extraordinario Leopoldo Estrada. Luego vendrá, en 1976, *Digo lo que amo*, ilustrado por Gonzalo Utrilla. Se trata de dos libros que abren vanguardia no sólo en cuanto a estructuras y formas poéticas, sino en la confesión del amor libre y homosexual del poeta que ama a otros hombres y no tiene reparo alguno en confesarlo. Bohórquez es nuestro Oscar Wilde porque se ofreció en holocausto a la voracidad de los moralistas, incluyendo a los críticos, que censuraron toda posibilidad de difusión de su obra. Bajo esta

perspectiva, y al paso de las décadas, Bohórquez es un escritor proscrito al que poco a poco se le hará justicia; él mismo lo sabía, cuando en 1983 escribe:

Pero
he aquí
que Abigael Bohórquez
tiene que vivir.
A como dé lugar, se dice.
Resuelve. Vuelve a sentar palabra.
Y preconiza.
Andando.
Hoy es día de muertos.
Y por eso.¹

En su insuperable antología *Las amarras terrestres*, Dionicio Morales dice: “Chalco en la biografía de Abigael Bohórquez es una llaga nunca cicatrizada porque bajo ese cielo y en esa tierra quedó sepultada su madre doña Sofía Bojórquez García, la niña de los ojos de su alma, hecho del que el poeta no pudo reponerse nunca, no sólo por el natural dolor de una existencia que para él ya estaba trunca o vacía sino porque hubiese querido que sus restos regresaran a su lugar de origen: Sonora, algo que no logró. Ella reposa acá en el altiplano y él, por lo mismo, no puede descansar en paz en Hermosillo”.²

Doña Sofía Bojórquez García falleció la madrugada del 26 de agosto de 1980, a la edad de 68 años. El diagnóstico médico habló de una bronconeumonía, con edema agudo pulmonar. Fue sepultada en el Panteón Municipal de Chalco. Al regreso de Bohórquez a Sonora, la tumba de doña Sofía quedó también en la

orfandad, de tal forma que en la actualidad no es posible saber en dónde están los restos de la madre del poeta porque las autoridades no tienen registro alguno; es posible que se le haya exhumado.

Dentro de los muchos temas que abarca la poesía de Bohórquez, doña Sofía está presente; se habla de ella o se le habla a ella. Hija de don Ángel Bojórquez y Adela Íñigo, doña Sofía supo afrontar su estado de madre soltera en un Caborca que en los años treinta juzgó el estado de las mujeres que se atreven a ser madres sin antes haber formado un hogar. Al paso de los años, una atenta lectura de la poesía de Bohórquez nos permite concluir que su madre fue el gran amor de su vida. Poemas como “Madre, ya he crecido”, “Llanto por la muerte de un perro”, “Noche noche”, “Día franco”, “Reconcilio”, “Anécdota” y “Nocturno” son algunos ejemplos en donde se puede construir un esquema biográfico de la madre del escritor, esa mujer que acompañó a su hijo a los diferentes lugares en los que vivieron, incluso bajo penurias económicas lamentables.

En “Noche noche”, dice: “que la sal vuelva al agua en el sudor/ de los amantes adrede/ y mi madre se duerma harta de trabajar/ veinticuatro horas en el corazón de la pobreza”.³ Doña Sofía en Milpa Alta y Chalco se dedicaba a las labores del hogar, a la siembra y cultivo de hortalizas para el autoconsumo, así como al cuidado de sus palomas. En “Anécdota”, el yo lírico dice lo siguiente sobre su progenitora: “mi fórmula secreta,/ mi era espacial,/ niñita bajo las arrugas,/ me parió frente a todos, a palos.”/ Mi abuelo hizo un ademán, pero mi madre/ trazó una raya en el suelo./ Sofía Bojórquez García/ supo entonces su burla,/ le taparon la boca/ y fui mi huérfano, mi bastardo, el hijo de limosna/ en un pueblo lleno de saliva”.⁴

¹ *Heredad. Antología provisional (1956-1978)*, prólogo de Carlos Eduardo Turón, México, FEM, 1983, p. 169.

² “Las amarras terrestres de Abigael Bohórquez”, en *Las amarras terrestres. Antología poética (1957-1995)*, nota, selección y prólogo de Dionicio Morales, México, UAM (Molinos de Viento, núm. 131, pp. 13-14.

³ *Heredad. Antología provisional (1956-1978)*, p. 104.

⁴ *Ibíd.*, p. 160.

Abigael Bohórquez no se quedó en su natal Caborca; madre e hijo vivieron la adolescencia del futuro poeta en San Luis, Río Colorado, en donde él tuvo oportunidad de estudiar taquimecanografía, oficio que le permitió trabajar en el municipio de dicha localidad y, en los años sesenta, ya instalado en la ciudad de México, trabajar como mecanógrafo en el departamento de Difusión del INBA, lugar en donde ganó el salario del hambre y la irrestricta censura por su afanosa tarea de poeta. En medio de las penurias, las parrandas y los muchos amigos e incluso amores de Abigael, doña Sofía fue la madre amorosa. La muerte de doña Sofía supone un “antes” y un “después” en la vida de Bohórquez. A partir del poemario *Poesía en limpio (1979-1989)*, publicado por la Universidad de Sonora en 1990, se observa la orfandad, la desolación del poeta que añora a su madre ausente. Los años ochenta debieron ser catastróficos en lo emocional para el poeta, sólo así le puede escribir a su progenitora:

Madre,
 hoy volví a la ciudad,
 porque se repartía harina,
 porque necesitaba que me vieran
 pedir
 y tener pan;
 ay, madre,
 qué jodidos están ya todos los cuates,
 los vi
 irresistiblemente desteñidos;
*pero siquiera ellos viven de estarse viendo el alma
 más seguido, hijo,
 aspirándose.*
 Aquel calvo rural,
 humildería del pan bajo el sobaco,
 ¿era
 yo?⁵

⁵ *Poesía en limpio (1979-1989)*, México, Universidad de Sonora, 1990, p. 22.

Bohórquez tiene una visión sobre su orfandad y pobreza. Para el tiempo en que escribe este poema, vive en Chalco; labora en el Centro de Seguridad Social del IMSS en el mismo municipio, en donde es promotor cultural y profesor de teatro y declamación. Bohórquez anticipa su vejez, se observa acabado, solo; rememora la presencia de su madre fallecida, aquella mujer sonorense de ojos claros que le daba de comer a las palomas y golondrinas. Dice el autor:

y yo amanezco pensando en ella ida,
 y el gallo heralda y las palomas zurean su costumbre,
 me dispongo a escribir sobre mi madre muerta
 y aquella golondrina que se quedó esperando
 las semillas de alpiste y de bondad,
 que madre no consiguió ofrecerle
 el lunes aquel horrendo
 que no volvió del hospital.⁶

La presencia de doña Sofía Bojórquez en diversos poemas del autor de *Memoria en la Alta Milpa* es sostenida incluso en obras como *Poesida* (1996), texto póstumo que vio la luz gracias al poeta Mario Bojórquez, quien rescató del olvido y el ninguneo editorial un manuscrito que en 1992 el Conasida, la Organización Panamericana de la Salud y la UNAM seleccionaron en el contexto del Premio Internacional de Poesía Conasida. Bohórquez no recibió ni el premio en efectivo y el libro no fue publicado por las instituciones convocantes. En medio de los desoladores poemas que hacen frente al tema del sida inserto en los espacios de la marginalidad, la pobreza, el estigma y el olvido, Bohórquez refiere a doña Sofía en sentidísimos versos de tono fúnebre. En poemas como “Cantares”, la voz lírica enuncia su condición de hombre solo, con ganas de amar. Se afana en su quehacer de no olvidar un amor ausente, víctima

⁶ *Ibíd.*, p. 23.

de la terrible pandemia. En medio de los lamentos, hay una referencia a doña Sofía en ese binomio madre/hijo que los une en una célula:

Es ahora cuando me acuerdo más
y también otra vez
de ti, doña Sofía
que por setenta años lástima
cargaste pesadumbre de tu hijo como tú,
irguiendo la mirada sufrida de tu dolor
contra el pueblo rascuache;
es ahora cuando vivo terrible tus harapos,
tu podredumbre de sierva malquerida
alrededor del niño tú que fuimos.⁷

Madre e hijo forman la dualidad del sufrimiento y las penurias económicas. En otro poema de *Poesida*, el autor afianza esa identidad que es casi una misma, cuando se dirige a su progenitora:

levántame del polvo de tus huesos,
de tu palabra final de expiración
que no escuché,
levántate de tu vestido que guardo
para ponérmelo un día de total abandono,
ya deja que no te sueñe a diario,
y ven otra vez en la derrota de estar sin
derrotada otra vez,
madre con hijo así, maravillosa,
y cántame con aquella voz tuya, tipluda, delgadita:
que no es necesario que cuando tú pases
me digas adiós,
porque no estaré.⁸

Doña Sofía Bojórquez García quedó en la poesía bohorquiana como el testimonio de un hijo que quiso

registrar dignamente sus orígenes y rendir homenaje a la mujer que defendió su libertad y que le enseñó a su único hijo, además del canto, a ser consecuente con las decisiones que tomó en su vida, quizás por ello la vocación literaria de Bohórquez fue siempre firme y al margen de los grupos literarios que censuran y excluyen a lo disidente.

A veinte años del fallecimiento del sonorese, queda su palabra poética; entre sus versos doña Sofía vive, no puede ser exhumada de las páginas del escritor porque su obra ha sido convocada para estar en los anales de la poesía clásica mexicana del siglo xx. **▲▲**



⁷ *Poesida*, México, Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, 2009, p. 50.

⁸ *Ibíd.*, p. 78.